

dos de nestorianismo. Hemos resuelto, para que los santos lugares no sean profanados por mas tiempo con estas impiedades, poner allí un pastor distinguido por la pureza de su fe.”

„Señor, le respondió Sabas, tened por cierto que nuestro obispo mira con un horror sincero toda heregía; y que fiel á unos maestros célebres por el don de los milagros, y guiado por las mas puras luces del desierto, no detesta menos la division hecha de Jesucristo por Nestorio, que la confusion enseñada por Eutiques. Os rogamos encarecidamente que no sepulteis en la inquietud y en la desolacion la ciudad santa de Jerusalem, ni ultrajeis el sacerdocio de la ley nueva en la pureza de Elías, émulo digno de Cirilo. Entre dos heregías igualmente perniciosas se conserva á igual distancia de la una y de la otra, corriendo imperturbable por el verdadero camino de la fe.” Anastasio, convencido de la firmeza y sencillez del santo anciano, exclamó con admiracion: „los autores sagrados enseñan con razon que el que camina con simplicidad camina con confianza. Orad por mí, padre mio, y no os inquieteis; pues quiero que regreséis con el mayor contento. Por vuestra intercesion nada mandaré contra vuestro arzobispo.” De esta suerte el patriarca Elías continuó por entonces en su iglesia; pero á Flaviano le arrojaron de Antioquia.

46. El Santo, habiéndose despedido del Emperador, visitó á la Emperatriz Ariadna, á la que pidió defendiese la religion del Emperador Leon su padre. Contestóle su Magestad: „¡cuán digno de vos es es-

te consejo, ó santo anciano! ¡Y en cuán poco precio se tiene á la triste hija de Leon!”

Quando este hombre respetable habia ya favorecido á la Iglesia por cuantos medios podia, parecióle insoportable su permanencia en la corte, y mientras aguardaba el tiempo de su partida, se retiró á un arrabal lejos del tumulto de la ciudad. Visitáronle allí todas las personas distinguidas y bien dispuestas para recibir la sana doctrina, en la que los instruyó y fortificó mas y mas.

Tambien ansiaba lograr una disminucion de tributos á favor de los ciudadanos de Jerusalem, y exigió para esto que se les perdonasen algunos atrasos, que ascendian á cien libras de oro. Dió algunos decretos Anastasio para corresponder en esta parte á los deseos del santo viejo; mas no quiso consentir esta gracia un cierto Marino diciendo, que los nestorianos y judíos que infestaban á Jerusalem, eran indignos de este favor. „Marino, exclamó Sabas con un tono inspirado, no os opongais á la beneficencia del Emperador, porque de lo contrario vereis vuestra casa abrasada, vuestra familia despojada de sus bienes y el imperio mismo próximo á su ruina.” Suplicó el Santo y consiguió de su Magestad despues de esta amenaza licencia para partir, y le dió por su propia mano mil piezas de oro para obras piadosas, pero sin afirmar la disminucion del tributo. Sabas se hizo á la vela por el mes de Mayo, y algunos meses despues sublevándose el pueblo de Constantinopla, apareció incendiada la casa de Marino, con lo que se cum-

plió la profecía con exactitud en todas sus circunstancias.

47. San Sabas obtenia el cargo de superior general de los anacoretas de la iglesia de Jerusalem, como San Teodosio el de los cenobitas (1). Los obispos creyeron que estaban obligados á nombrar estas dos ilustres cabezas sobre todos los solitarios de la Palestina, para hacer frente á una especie de anarquía y á la triste relajacion en que habian caido en la admission de las nuevas doctrinas, es decir, del cisma de los acéfalos. Habia uno que se llamaba Juan entre los discípulos de San Sabas, capaz por sí solo de consolar á su santo maestro de las penas que le ocasionaban otros muchos (2). Progresó en la virtud con tanta rapidéz, que transcurridos siete años intentó San Sabas elevarle al sacerdocio. Con este fin le presentó al patriarca, que con la mayor complacencia prometió ordenarle por sí mismo, para lo que le llevó á pesar de su oposicion á la iglesia del calvario. Juan dijo al patriarca cuando estuvieron en ella: „santo padre, tened á bien que os diga dos palabras á solas, y despues me sujetaré sin oponerme á vuestra decision.” Retirados á parte, Juan le obligó á que le ofreciese el secreto mas inviolable, y despues exclamó: „padre mio, sabed que he recibido la consagracion episcopal, mas el conocimiento de mi indignidad me ha hecho huir de mi iglesia, y me he resuelto á vivir en este desierto, aguardando la hora terrible en que venga el Hijo del hombre.” Atónito el patriar-

(1) *Ibid.* num. 30. (2) *Bolland.* ad diem 15. *Maji.*

ca llamó á San Sabas y le dijo: „Juan me ha confiado un secreto que imposibilita de todo punto su ordenacion, y es preciso dejarle para siempre tranquilo.” Retiróse San Sabas en extremo afligido, y habiendo vertido en presencia del Señor abundantes lágrimas logró saber este secreto por revelacion.

48. Es este obispo solitario el que por su humilde é inviolable discrecion fue llamado San Juan el silencioso. Habia nacido en Armenia de una familia ilustre, y era hermano del gobernador de la provincia. Edificó un monasterio en Nicópolis, donde habia nacido; mas los habitantes de Colonia le arrancaron de su soledad, y le hicieron ordenar obispo. Rigió su grey por algun tiempo, sin aminorar cosa alguna de las observancias monásticas. Formó por último el designio de libertarse de todo cuidado; y habiendo apartado de sí en su viage con varios pretextos á los clérigos que le acompañaban, se hizo á la vela en secreto para Jerusalem, de donde pasó á la laura de San Sabas. Cuando se descubrió quien era, le obligaron en cierto modo á existir todavía mas retirado en su celdilla, la que abandonó una sola vez en cuatro años para felicitar al patriarca Elías, cuando le vió al fin triunfar de todos los combates y de todas las tribulaciones que el Santo tenia por otros tantos gloriosos favores.

49. Mientrastanto Timotéo de Constantinopla no guardaba ningun miramiento, llegando su osadía al grado de intentar que todo su pueblo anatematizase al concilio de Calcedonia: empresa imprudente en una

capital tan amante de la sana doctrina (1). Armáronse los habitantes para oponerse á la persecucion, encendiéndose la plebe de tal manera, que murieron muchos cismáticos distinguidos, y fueron abrasadas sus casas. Acampó en la plaza principal el pueblo reunido tumultuosamente, y mandó traer allí las llaves de la ciudad y los estandartes militares. Despedazaron las imágenes y estátuas de Anastasio, gritando que era necesario nombrar otro Emperador; y para reemplazarle se hablaba ya de Vitaliano, general de las tropas.

50. Incitado este oficial por los católicos de la Tracia y de la Mesia, estaba á las puertas de Constantinopla con un ejército formidable compuesto de hunos, de búlgaros y de algunas tropas romanas. Anastasio careciendo de fuerzas iguales que oponerle, y poseyendo solamente el arte de hacer la guerra á los sacerdotes y á los obispos, pero no á los hombres armados y valientes, se agazapó desde luego en el arrabal de Blaquernas. La Emperatriz Ariadna entonces osó hablarle á favor de la fe, echándole en rostro los males continuos que ocasionaba á los católicos.

Decayó Anastasio con esto enteramente de ánimo, y olvidando toda idea de dignidad, probó á mover la compasion presentándose sin corona en la plaza del Hyppodromo. Allí con tono sumiso y abatido dijo al pueblo que estaba pronto á dejar el imperio, y que á lo menos no queria retenerle sin su amor; añadiendo las promesas mas seductoras y afirmándolas con

(1) *Evagr. lib. 3. hist. cap. ult.*

juramento. Coronó sus esperanzas este artificio, pues el pueblo conmovido le suplicó que tomase de nuevo la corona, y ofreció con mucha mas sinceridad que el perseguidor cumplir con su deber. Regresó al punto cada uno á su casa, y se apaciguó la sedicion despues de haber permanecido tres dias el pueblo reunido en la plaza. Trataba ya solo de alejar á Vitaliano que parecia no haber tenido mas objeto que servir á la Religion, á la que por ignorancia defendia con las armas en la mano. Anastasio le dirigió tambien magnificas promesas, protestando en particular que restableceria en sus sillas á Macedonio de Constantinopla y á Flaviano de Antioquia. Ordenó despues de esto entregarle dinero para contentar á las tropas que le habian seguido. Vitaliano se mostró con esto satisfecho por lo que miraba al Emperador, y solamente acudió á suplicar al Sumo Pontífice que pusiese la última mano para apaciguar las iglesias de oriente.

51. El mismo Anastasio escribió y envió embajadores á Roma, porque no rehusaba dar paso alguno para librarse de un negocio tan árduo. Pidió á Hormisdas que tranquilizase unos ánimos tan acalorados, proponiéndole que reuniese un concilio general en Heraclia en este mismo año, y suplicándole que asistiese á él personalmente. El Papa por su parte envió al Emperador un notario y cuatro legados, entre los que ocupaba el primer lugar Enodio, obispo de Pavia, célebre por sus escritos. Dióles una instruccion muy circunstanciada: documento el mas antiguo que existe de su especie, y que manifiesta el espíritu sin-

ceramente apostólico, y la prudencia y penetracion admirable de este Pontífice. Esplicase en ella como si ya hubiera oído al Emperador: tan exactas y precisas son las respuestas sugeridas de antemano contra las objeciones y efugios de este Príncipe artificioso.

Los legados eran tambien portadores de cartas para Vitaliano, con la orden de advertirlo al Emperador, no tanto para lograr su benevolencia en el estado de debilidad á que se veía reducido, como para justificar la doctrina de la Iglesia sobre los verdaderos principios de sumision á las potestades establecidas por Dios (1). „Direis al Emperador, decia la instruccion á los legados: traemos del mismo modo cartas del Papa para vuestro servidor Vitaliano, que le ha enviado diputados con vuestro permiso, segun escribió entonces; el Pontífice nos ha prescrito que no entreguemos estas cartas sin vuestro consentimiento. Para que mejor conozcáis la pureza de nuestro proceder, nos dareis el mayor gusto si enviáis con nosotros algunas personas de confianza, en cuya presencia se lean las cartas. Permaneced cierto entretanto que carecemos de orden alguna que no toque principalmente á la causa de Dios. Nuestro Santísimo Papa arreglando en todo su conducta á la simplicidad evangélica, no lleva otro objeto que librar la Iglesia del veneno de la heregía, y no consentir que se altere la doctrina recibida de los padres.”

Ordenaba tambien á los legados la instruccion pontificia, que no hiciesen declaracion alguna acerca de Ti-

(1) Tom. 4. Concilior. pag. 1426.

motéo, patriarca intruso de Constantinopla; sino que contestasen á este punto, que antes de examinar tales incidentes particulares, debian arreglar los negocios generales del episcopado y restablecer la fe católica. Sin embargo, debian en todos los casos guardarse de quebrantar los cánones relativos á la comunion con los cismáticos; y aun se les previno en secreto que á los obispos que ansiasen tornar al seno de la unidad, se les obligase á declarar públicamente en la iglesia, no solo que recibian el concilio de Calcedonia y la carta de San Leon, sino que además condenaban á Eutiques y Nestorio, y á los fautores de uno y otro, y particularmente á Acacio de Constantinopla. No lograron mover á Símaco y á otros muchos Papas sus sucesores, ni la obstinacion del Emperador, ni la de los obispos de oriente en respetar la memoria de este culpable patriarca, y la severidad de los cánones permaneció inalterable en este punto.

Nada se consigue en verdad de los sectarios con una peligrosa condescendencia, y además estos sabios y santos Pontífices no podian comparar de modo alguno la reputacion mal adquirida de un pastor malvado, con la salud eterna de toda la grey. Muchas veces no se puede conservar el sagrado depósito, si no se condenan absolutamente las doctrinas de los falsos doctores que le alteran. Para que las ovejas huyan los pastos venenosos, es preciso que sepan cuáles lo son: y manifestaria disposiciones muy sospechosas el que criticase un método acreditado por el uso de la mas respetable antigüedad y de todos los siglos.

Produjo asimismo este medio la utilidad de descubrir el artificio del Emperador Anastasio. Declaró entonces fácilmente que condenaba los errores atribuidos á Eutiques, y aun recibió el concilio de Calcedonia; pero acerca de los secuaces de este heresiarca, y en particular de Acacio, conoció que si se esplicaba con esta claridad no restaba ningun resquicio á la secta. Siguió sin embargo disimulando, y contestó al Pontífice que era cosa dura arrojar de la Iglesia á los vivos á causa de su respeto por los muertos. Que por otra parte no podria verificarse esto sin gran tumulto, y aun sin esponerse á una grande efusion de sangre. Torna luego á inculcar su proyecto de celebrar un concilio, donde todos estos negocios, decia, se discutirán con mas detencion.

Hecho esto, pensó solo en dar largas para dejar que se disipase el resto de la tormenta, cuyo temor le habia precisado á tantos pasos que le denigraban en extremo. Envió de tiempo en tiempo agentes á Roma, á fin de conservar una especie de correspondencia con el Papa y los occidentales, y procurarse un recurso en caso de necesidad; pero procedia de un modo tan falso y tan á ojos vistas ilusorio, que despidió sin haber hecho cosa alguna cerca de doscientos obispos que habian concurrido al concilio convocado en Heraclea. El senado y pueblo le daban en rostro su perjurio, y tuvo bastante osadía para contestar que no eran lo mismo los particulares que el Emperador, quien tiene, decia, autoridad para mentir y perjurar por las necesidades del estado. Así se

afirmaron en la idea que habian formado de él, que era la de un malvado inficionado con las máximas detestables de Manés.

52. Mucho menos dió cumplimiento á la promesa hecha á San Sabas á favor del patriarca de Jerusalem (1). Ya habian desterrado antes de Antioquía á Flaviano, y colocado en su lugar al monge Severo, eutiquiano tan fanático que ni aun queria recibir el henótico de Zenon. Tenia por otra parte un carácter turbulento, inquieto é inconstante, que le habia hecho ir vagando por muchas provincias sin poder fijarse en ninguna. En sus principios ejerció la abogacia en Berito, despues fue religioso díscolo y dogmatizador sedicioso en un monasterio de Palestina, de donde le arrojaron. Refugiado despues entre unos monges tan viciosos como él, le enviaron á Constantinopla para defender su causa, y allí se concilió la gracia del Emperador Anastasio, á quien era digno de agradar por la conformidad de los mismos vicios y aun de las mismas extravagancias.

53. Rehusó con valor la comunión con semejante obispo. Elías de Jerusalem; y el Emperador poniendo en olvido cuanto habia ofrecido á San Sabas, desterró á Elías, colocandó en su lugar á Juan, hijo de Marciano, que ofrecia abrazar la comunión de Severo.

No perdieron sus esperanzas en tan doloroso conflicto San Sabas y los demás padres del desierto, pues presentándose á Juan, que era mas capaz de una debilidad que de una perfidia, le ofrecieron seguirle

(1) *Vit. S. Sab. num. 56. Theophan. pag. 134.*

con sinceridad y sostenerle con todo su poder, si ofrecia profesar la fe de Calcedonia que apreciaba en su corazon, y no comunicar con un partido que miraba como herético. En aquellos tiempos de turbulencia era una máxima generalmente recibida, que se podia reconocer á lo menos interinamente á los obispos substituidos á los verdaderos titulares, con tal que por otra parte estuviesen adornados de las cualidades convenientes (*). Juzgaban que el interés de la grey debia anteponerse al interés del pastor; y en efecto nada era mas perjudicial á una iglesia en estas tristes circunstancias, que verse privada de una cabeza legítima. Juan se dejó convencer y se entregó sin reserva á la direccion de estos escelentes guias.

Fácil parece conocer cual seria la desesperacion del Emperador. Un cortesano llamado Anastasio como este Príncipe, tuvo para sí que no podria complacerle mejor que forzando al nuevo obispo á mudar segunda vez de conducta, y volver á la comunión de Severo. Tenia tanta confianza en la egecucion de su designio, que se condenó, si no le lograba, á una multa de trescientas libras de oro. Corrió súbitamente á Jerusalem con el título de duque de Palestina que se le acababa de otorgar. Sorprendió al obispo

(*) Jamás fue esto una máxima creida como cierta. En aquellos tiempos se conocia como se conoce ahora el principio necesario de la legitimidad en los obispos; y en el caso de una intrusion violenta, comunicaban con el así ordenado, si era católico, y se sometian á él reconociéndole como coadjutor del legítimo prelado, ó coepiscopo.

Juan y le puso en una prision: cuya acción aplaudió el pueblo, como castigo de un usurpador que habia suplantado al patriarca legítimo. Uno de ellos no obstante mejor impuesto que la multitud, encontró medio de introducirse en secreto en la cárcel, y convenció á Juan á que sedujese con algunas esperanzas al duque Anastasio. Hízolo así el encarcelado: y contestando al duque que no huía de cumplir sus promesas, sino que por el contrario recelando que lo que intentaba hacer se atribuyese á violencia, necesitaba verificarlo cuando estuviese en libertad; y últimamente que el domingo siguiente cuando el pueblo estuviese congregado, haria una pública declaracion. Estas palabras dichas en dos sentidos, las tomó el duque en el que se conformaba con sus deseos, y ordenó sacar al obispo de la prision.

Se esperaba el domingo con grande impaciencia, pero se llenó de pasmo y confusion el duque cuando el obispo subiendo al púlpito con los abades Sabas y Teodosio á sus lados, y cercado de una multitud inmensa así de anacoretas como de cenobítas, principiaron todos los que estaban presentes á clamar con mucho estrépito: *anatematizad á los hereges, confirmad el santo concilio* (1). Al instante Juan y los dos santos abades dijeron á una voz: *anatéma á Nestorio, anatéma á Eutiques, á Severo de Antioquia, y á cualquiera que no reciba el concilio de Calcedonia*. El duque Anastasio arrebatado y fuera de sí con la ira no sabia que resolver: sin embargo disimuló á

(1) *Vit. S. Sab. pag. 312. et seq.*

causa de la multitud, á la que hubiera sido peligroso oponerse. Parecióle tambien útil para la seguridad de su persona retirarse á Cesaréa, desde donde instruyó al Emperador de la diligencia y de la ineficacia de sus tentativas.

Determinó este Príncipe desterrar además del obispo Juan á los abades Teodosio y Sabas; y disponia ya los medios violentos que juzgaba necesarios para la egecucion, cuando los dos Santos declararon su inocencia y su horror á todo espíritu de rebelion en una enérgica apología que le dirigieron en nombre de todos los abades y de todos los solitarios que habitaban la ciudad santa, las riberas del Jordan y los desiertos inmediatos. Pero por mas vigorosa que fuera, tanto por su estilo como por el nombre venerable de sus autores, puede afirmarse que Anastasio puso freno á su ira solo por el temor que le inspiraba Vitaliano, que indignado de tantos perjurios principió de nuevo la guerra; y así el obispo Juan no salió de Jerusalem.

El falso patriarca de Constantinopla, el audáz Timotéo, murió por otra parte despues de seis años de usurpacion. Espiró tambien el patriarca legítimo en su destierro de Gangres con fama de santidad, y se le atribuyen milagros. Eligieron al presbítero Juan, capadocio de nacimiento y Sincélo de Timotéo (*)

(*) Sincélo era la persona irrepreensible que presenciaba la conducta de los obispos, sacerdotes y diáconos, sin nunca separarse de su lado. Véase el concilio IV de Toledo.

para sentarse en su silla, vacante entonces en verdad por muerte de Macedonio. Por la misma época, esto es, en el curso de este año 517, Juan Niceotas, patriarca herege de Alejandria, dió cuenta al Juez supremo de diez años de escándalos que habia dado en una cátedra tan eminente.

54. Por último, tambien el Emperador Anastasio, á los ochenta y ocho años de edad, de los cuales habia estado sobre el trono veinte y siete, falleció el año siguiente. La noche del 8 al 9 de Junio se formó y permaneció fija sobre el palacio imperial una terrible tempestad, que con truenos espantosos y extraordinarios parecia amenazar principalmente á este culpable Soberano. No necesitaba tanto para aterrarse su alma criminal y débil; viéronle en un súbito frenesí huir de una á otra parte como un insensato, sin oír á nadie, y sin poder tranquilizarse en lugar alguno por oculto que fuese. Pasada la tempestad encontráronle muerto en una pequeña cámara, herido de un rayo según voz pública, ó muerto de espanto.

55. Reveló el Señor esta muerte á Elías, patriarca de Jerusalem, en su desierto de Aila (1). San Sabas fue á visitarle el 9 de Julio, y habiéndose servido la comida cerca de la hora de nona: „comed, dijo el patriarca á sus huéspedes, comed, padres míos, que por lo que á mí toca, me ocupo en un asunto de mucha mas importancia.” Pretendió detenerle el abad Sabas, y le dijo derramando lágrimas: „el Emperador Anastasio acaba de morir, y he de comparecer

(1) *Vit. S. Sab. num. 60.*